

Todos espectadores

Nicolás Conde

En “Función y campo de la palabra en psicoanálisis”,¹ Lacan advertía sobre la enajenación del sujeto de la civilización científica, y lo ejemplifica mediante la inversión en el discurso corriente que había transformado el *esto soy (ce suis je)* –propio del francés clásico–, en *esto es yo (c’est moi)* –utilizado en la modernidad. El resultado de esta mutación es un sujeto en el cual la comunicación puede establecerse y será efectiva en el interior de la enorme objetivación constituida por esa ciencia; y le permitirá olvidar su subjetividad, pero traerá como consecuencia quedar atrapado en un mundo en el cual pierde su sentido en las objetivaciones del discurso.

Voy a tomar el ejemplo de una serie británica llamada *Black Mirror*² estrenada en 2011, para mostrar el alcance y la vigencia de estas observaciones hechas por Lacan hace más de medio siglo. Puntualmente me centraré en dos episodios: “El himno nacional” y “El momento Waldo”.

El primer episodio comienza con una secuencia en la cual Michel Callow, primer ministro inglés, es despertado por su gabinete de asesores para informarle que la princesa Susannah de Gran Bretaña había sido secuestrada y miles de personas estaban enterándose debido a la viralización³ de un video anónimo que los captores habían subido a *youtube* y *twitter*. En este video aparecía la joven princesa llorando, atada y balbuceando la condición para ser liberada: que el primer ministro tenga relaciones sexuales con un cerdo en vivo por la televisión, en tiempo real y sin truco cinematográfico alguno. Esto debía ser transmitido a las 4 pm vía satélite para todas las cadenas televisivas, sino la princesa moriría.

Semejante comienzo deja al espectador un tanto turbado y con la sensación de estar frente a una broma, pero no lo es.

Al verse implicado en tan bizarra demanda que no estaba dispuesto a cumplir, el ministro pregunta a un asesor: “¿Cuál es el *play book*?”, que en castellano podría traducirse como el “manual de instrucciones”. La respuesta de su asesor es lapidaria: “Esto es completamente nuevo, no hay manual”.

Frente a la ausencia de *play book*, la respuesta del ministro Callow, que casualmente significa inexperto en inglés, no es la angustia. Por medio de la tecnología, el gabinete sigue a través de las redes sociales y encuestas, la actitud de la opinión pública convirtiéndola en el factor determinante para establecer la estrategia, en la cual la dialéctica no interviene como recurso posible. No solo el ministro no se dirige a su pueblo, sino que niega la gravedad de la situación ante su propia esposa. A medida que trascurren las horas, se mantiene la negación de la imposibilidad, el hermetismo y el intento vano de localizar la señal de emisión para atrapar al secuestrador. Mientras tanto, un equipo intenta llevar a cabo un montaje con un extra utilizando la última tecnología de efectos especiales. El resultado es que el secuestrador se entera del hecho... por las redes sociales, y sube otro impactante video que da como resultado la absoluta condena de la opinión pública hacia el mandatario. A esta altura, el suceso se había expandido a todo el planeta.

El desenlace muestra al ministro forzado a realizar el acto, sus asesores le dicen que sería destruido y que se produciría una insurrección de la gente si la princesa fuera asesinada. Uno de ellos manifiesta: “Las encuestas lo confirman”.

Políticos para armar

En el otro episodio titulado “El momento Waldo”, Jamie Salter es un cómico que le pone voz y gestos a un oso animado llamado Waldo, quien trata de poner en aprietos y ridiculizar a los invitados que participan en un *show* televisivo. El éxito lo lleva a tener su propio programa y, debido al gran impacto en la audiencia, el productor decide que Waldo dé un salto a la política haciendo que el oso virtual se convierta en un candidato más en las elecciones locales. Waldo se convierte en el azote de Liam Monroe, el candidato conservador, así como también de Gwendolyn Harris, una política del partido liberal con quien Jamie tuvo una fugaz relación amorosa cortada abruptamente por ella. Posteriormente Jamie, quizá afectado por la decisión de Gwendolyn, discute con su productor, se niega a convertir a Waldo en un producto masivo a escala global y abandona la campaña. A partir de entonces Waldo, que al igual que las redes sociales podía ser manejado por cualquiera, es manipulado por el productor. Debido a la popularidad que consiguió por representar lo que el público quería oír –verdades sin contenido que dejaban en ridículo cualquier declaración política–, Waldo sale segundo en las elecciones y desata la rebeldía del público que agrade al ganador por pedido del personaje virtual. Mientras tanto, Jamie observa desde la cama de un hospital los resultados de las elecciones. Ya, en la última escena se lo ve viviendo como un vagabundo mientras la imagen de Waldo aparece en los carteles luminosos de las calles.

Esta ficción, que podemos calificar como distópica, muestra el reverso de las posibilidades que la tecnología brindaría a los sujetos mediante las redes sociales, no ya para el uso doméstico, sino con fines políticos y económicos, y en las cuales se diluyen las formas tradicionales de conocimiento y comunicación. El acto de enunciación es reemplazado por la reivindicación narcisista en una afirmación imaginaria del Yo como efecto lógico en un sujeto caído en la trampa de un discurso universalizante.

En la era actual, las nuevas formas de comunicación han posibilitado la transformación de sujetos en objetos-productos de consumo masivo con total celeridad. Basta la decisión de un monopolio mediático para instalar un candidato político a través del uso de *pop up*⁴ y videos publicitarios que invaden la navegación de cualquier internauta. Tampoco nadie está exento de recibir llamadas telefónicas programadas desde una computadora en las cuales el mensaje grabado de un candidato intenta seducir al posible elector presentándose a sí mismo y enumerando frases consensuadas a través de las estadísticas o el *trendig topic*⁵ del momento en *twitter*. El contenido del mensaje se vuelve irrelevante, ya que como lo expresa una frase al final del episodio del ministro: “Solo se trataba de anotar un punto y demostrar algo...”; quizá el poder de la imagen, que ha desplazado al sujeto de la enunciación que pueda dar lugar a una subjetividad creadora. Llegado el momento, pueden ser fácilmente desechados como todo objeto de consumo y/o transformarse en espectadores de sí mismos a través de los espejos negros, que como expresó Charlie Brooker, creador de la serie, “...es lo que

usted encontrará en cada pared, en cada escritorio, en la palma de cada mano: La pantalla fría y brillante de un televisor, un monitor, o un teléfono inteligente”.⁶

¹ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, *Escritos 1*, Siglo veintiuno, Bs. As., 2003, pp. 270-1.

² *Black Mirror*, Charlie Brooker, Reino Unido, 1er. episodio: 4 de diciembre de 2011.

³ Viralizar es dar a una unidad de información la capacidad de reproducirse de forma exponencial. Esto es, emulando a los virus de manera que el contenido tenga la capacidad de reproducirse solo sin más publicidad ni promoción que el boca a boca, e-mail a e-mail, o publicación de particulares en redes sociales.

⁴ El término denomina a las ventanas que emergen automáticamente (generalmente sin que el usuario lo solicite). A menudo, las ventanas emergentes se utilizan con el objeto de mostrar un aviso publicitario de manera intrusiva.

⁵ Se llama así a las palabras o frases más repetidas en un momento concreto en la red social *twitter*.

⁶ Brooker, Ch., “*Charlie Brooker: the dark side of our gadget addiction*”, *The Guardian* [en línea]. Consultado en <<http://www.theguardian.com/technology/2011/dec/01/charlie-brooker-dark-side-gadget-addiction-black-mirror>>